

Paul Valery*
Recopilación a cargo de
Roberto Meisel Lanner.
Docente de la Universidad
Simón Bolívar.

Tres impresiones sobre Descartes (1)

Recibido: 16/8/05

Aceptado: 26/10/05

PALABRAS CLAVE

Yo Pienso, existencia, tierra,
humanidad, filosofía, lenguaje,
ambición.

RESUMEN: Lo que más concita la admiración del público acerca de un pensador es cuando maneja con soltura alguna fórmula o frase escueta que adquirió con el paso del calendario, un poder de choque importante. Por ejemplo el trabajo de Arquímedes quedó reducido a esta receta, **“dame una palanca y moveré al mundo”**, el de Séneca, **“Haz el bien y no mires a quien”** o el de Descartes, **“Pienso luego existo”** y eso seduce hasta el paroxismo y le da un sentido eterno a esas afirmaciones. Ese *cogito* cartesiano produjo el efecto de una llamada, fue el despertador de una humanidad que parecía aletargada o concentrada alrededor de todo menos de sí misma y entonces se puso a reflexionar con orgullo acerca de lo que reputaba que era en verdad. El **pienso luego existo** en un término mágico y la voluntad invade al ser en tal trance, parece insinuarle su encargo en la Tierra e incluso su destino fatal, para posteriormente obtener la conciencia del dominio de su poder personal. Por encima de todo, Descartes ambicionó —una de sus cualidades o defectos era precisamente su excesiva ambición— explotar ese tesoro de posibilidades que encerraba el **yo** y el vigor que podría desprender de su explotación adecuada al punto neurálgico y la clave de un mejor existir. El que iba a forjar ese yo de Descartes o ese yo de cada hombre era una especie de discurso de apertura de un período presidencial en la que se anuncia todo el quehacer o el rehacer...

* Discurso pronunciado por Paul Valery en la Sorbonne, en su nombre, con motivo de la inauguración del IX Congreso Internacional de Filosofía celebrado en París el 31 de julio de 1937.

Descartes y su grandeza quedan resumidos para mí en dos puntos.

Ha hecho una cuestión personal de aquello que, hasta él, había sido tratado en forma dogmática, dominada por la tradición. Ha decidido que no existía ninguna autoridad que pudiera prevalecer sobre sentimientos que él podía ofrecer de la vanidad de sus enseñanzas: solo desea la evidencia o la observación cuidadosamente verificada. Suponía rechazar el conceder al lenguaje un valor que solamente le llega de las personas o de los libros. Arroja entonces su propio ser a uno de los platillos de una balanza, con el otro cargado de toda la filosofía que se había hecho hasta él. Se siente fuerte al estar solo; pero pudiendo responder de todo lo que piensa, que ha observado o deducido o definido *él mismo*, en oposición a esa cantidad de doctrinas, de fórmulas, de desarrollos puramente verbales que viven de las disputas de escuela y que se transmiten de siglo en siglo como una moneda fiduciaria que nunca podrá convertir en oro.

Descartes es ante todo una voluntad. Este ser quiere, por encima de todo, explotar el tesoro de deseo y de vigor intelectual que encuentra en sí, y *no puede querer otra cosa*. Es el punto central, la clave de la posición cartesiana. Es inútil buscarle otro principio a su filosofía.

¿De dónde procede esta soberbia confianza que demuestra en la fuerza de su inteligencia, que aparece en su estilo y en sus desdenes, y

que es demasiado lúcido, y también demasiado prudente, para no fundamentarla únicamente en sus esperanzas, en una fe quimérica en su valor?

Descartes cree en la potencia de su pensamiento a partir de la experiencia que tiene de su talento como geómetra. Ha bebido en ella la embriaguez de su superioridad. Se sabe, en ese género de estudios, inventor de un método que le parece “tan lejano de la geometría ordinaria como la retórica de Cicerón lo está del ABC de los niños”. Esta creación de su juventud ha dominado toda su vida intelectual. No tiene dudas sobre la conquista que ha hecho, se dice que el mismo hombre y la misma aplicación del intelecto que han obtenido un éxito tan acertado y considerable en el análisis abstracto del espacio, deben aplicarse al mundo físico, luego a los problemas de la vida y no pueden dejar de obtener resultados de igual importancia.

Inventa entonces un *Universo* y un *Animal* imaginando que los explica. Cualesquiera que fueran sus ilusiones en este sentido, sus esfuerzos han sido de la mayor importancia. Ese es mi segundo punto. Si el universo cartesiano ha tenido la suerte de todos los universos concebidos y concebibles, el mundo en el que vive nuestra “civilización” lleva aun la impronta de la voluntad y de la manera de pensar de las que he hablado.

Este mundo está penetrado de las aplicaciones de la medida. Nuestra vida se encuentra

cada vez más ordenada según determinaciones numéricas, y todo aquello que escapa a la representación a través de los numerosos, todo conocimiento no mensurable, se castiga con una sentencia de depreciación. Se niega cada vez más el nombre de “Ciencia” a todo saber intraducible en cifras.

Y esta es la singular observación sobre la que se rematará esta adquisición: el carácter eminente de esta modificación de la vida, que consiste en organizarla según el número y el tamaño, es la objetividad, la impersonalidad, tan pura como sea posible, de tal modo que lo *verdadero* de los modernos, relacionado exactamente con su poder de acción sobre la naturaleza, parece oponerse más y más a aquello que nuestra imaginación y nuestros sentimientos *quisieran que fuera verdadero*.

Pero, como hemos dicho, en el origen de esta prodigiosa transformación del mundo humano, se encuentra un Yo, que es la persona fuerte y temeraria de Descartes, cuya filosofía tiene, quizá, menor valor para nosotros que la idea que nos aporta de un magnífico y memorable *El*.*

Notas

* Este singular pensador y filósofo de alto vuelo francés opinaba que la suerte del espíritu era inseparable del sentimiento de su presencia y de su valor universal, y la riqueza conceptual de su talante residió en

su vasta y erudita producción intelectual en donde consideró que la vida era portadora del espíritu y que el auténtico valor de la filosofía estaba en llevar al pensamiento a sí mismo por meandros arcanos. Era como Valery un curioso por las cosas humanas con un matiz de amena autoridad (Nota de Roberto Meisel Lanner).

* La Filosofía fue permanentemente el eje, el discurrir de este erudito poeta francés (1871-1945) porque en ocasiones muy diversas planteaba los problemas filosóficos que acarrea la ciencia, el mito e incluso la poesía con fino tono, eso es erigir una estética en varias direcciones o edificar en todo caso los contornos y los matices de las cosas expresadas explícita o implícitamente.